

---

## Mi perra Nostalgia

María Teresa Priego

**E**sta nostalgia mía tiene las patas peludas. El hocico largo y obstinado. La mirada cargada de entendidos. Tiene mi Nostalgia esa particular inteligencia de las bestias: sabe a qué horas sobrevivir y cuando hacerse acariciar el lomo, a qué horas mostrarse exigente y cuando tirarse patas arriba, hipócrita y humilde en su escenificación del tapete. Mi nostalgia se enjabona conmigo, duerme en mi cama, comparte mi plato. Me lame y me mordisquea. Aferrada y tirana. Ineludible.

Yo la quiero bien. La cepillo. Me conmueve. La abrazo. Me harta. La arrojo al jardín. Me arrepiento y le ruego que regrese. Como se echa junto a mí la apachurro constantemente. Lo nuestro es probablemente una relación de amor, en el más puro estilo del “yo te amo yo tampoco”. La ama y la esclava en papeles intercambiables. Supongo, si me concentro, que mi perra Nostalgia es para mí, en toda su jadeante intensidad, como la encarnación misma de esa experiencia que la nombra.

Si le cierro la puerta, si la dejo afuera la Nostalgia aúlla. Sus gemidos son largos y desgarrados. Siempre excesivos. ¡Qué ganas Nostalgia de agarrarte a patadas!. La Nostalgia es un animal de destiempos, propenso a estados de sospechosa morbidez. Condenada a su indecible. Si la Nostalgia accediera a las palabras, seguramente se lanzaría en un discurso disparado y melancólico. Cuajado de imposibles. Hipocondríaco y sufriente. Mi Nostalgia es una bestia aquejada de histeria.

Afirmar que mi Nostalgia y yo sostenemos en la cohabitación, nuestras mutuas histerias no sería un juicio apresurado. La histeria y la nostalgia se recrean y se contienen al estilo de las muñecas rusas. Opina el Larousse que la nostalgia es “El sentimiento de pérdida causado por el recuerdo de un bien perdido”. Para ser realistas habría que incluir el que, una puede sentir también una nostalgia dolorosísima ante el recuerdo de un “mal” perdido. Y aún peor, una puede sentir una nostalgia bestial ante la pérdida de la promesa —nada más que de la promesa— de poseer un bien o un mal que en realidad nunca se tuvo.

Si la histeria implica- entre otras cosas- una relación digamos alterada con “aquello que falta”, si significa también un apego excesivo a la noción de pérdida real o imaginaria, si la histeria- tan mezquina y tan poética- considera que allí donde no se juega el todo gana la ausencia. Entonces, la histeria no puede más que servirse banquetes de nostalgias.

Además de una posible perra de caza, ¿qué es la nostalgia?. Dice Eliade, - amén - que la nostalgia no puede ser sino la nostalgia del paraíso. Del paraíso perdido. Corro a aclarar que el hecho de que ese pasado mítico haya sido en la realidad un infierno, es un detalle muy menor en los recovecos complacientes de la memoria y las nostalgias. Basta entonces extrañar con la misma fiereza lo que tendría que haber sido: el paraíso doblemente perdido. La distancia con los orígenes pareciera entonces la ausencia por excelencia. Vendrían después la interminable cadena de nostalgias superpuestas.

Habrà quien decida moverse lo menos posible para evitar la agitación de un dolor en principio inevitable: la pérdida de los amores. De las referencias. De los espacios. Evitar los golpes bajos del desarraigo. Podríamos con una cierta facilidad evitar el desarraigo espacial. Casi imposible evitarse el desarraigo temporal y sus impertinentes nostalgias. No es que una deje, muy considerada, el pecho materno donde muy bien podría instalarse per secula, un buen día te lo arranca. No es que una salga caminando de la infancia en los placeres de la libre elección, te expulsan de la infancia. Cada edad comienza como un exilio. Como una ciudad nueva a conquista. Cada edad pareciera exigir la pérdida de las ciudades que la preceden.

Mis delirios histéricos andan como deprimidos en este nuevo exilio de la madurez. No la quiero. La madurez me indigna no sólo porque me acorta el camino hacia la muerte y me alarga el camino hacia la infancia, sino por algo bastante más miserable: reduce mi capacidad de crear mitos, es decir de generar una alacena de nuevas nostalgias de cinco estrellas para consumo futuro. La madurez es oficio de incrédulos. No es la nostalgia por venir lo que me inquieta, sino los arraigos posibles al presente. Los mecanismos de identidad y de entrañable que tendrían que construirla hoy, con su fuerte dosis de imaginario. El imperativo de “aquello que falta” me asegura por supuesto la continuidad inalienable del proceso nostálgico, pero ¿cuál es mi capacidad actual de investir los hechos, los objetos y los espacios?

Supongamos que una mujer imagina. Imagina que le gusta mucho Coyoacán. Que durante años la ciudad de México fue sobre todo la memoria de esa plaza. Imagina que la elige e intenta cubrirla de todos sus afectos. Se le presenta de inmediato un escollo de carácter doblemente genealógico: nunca fue un mito Coyoacán. Su padre nunca dijo en una tarde – seguramente de lluvia- la palabra “Coyoacán”. Dijo otra cosa, pronunció otra palabra que pertenecía a una ciudad y un idioma distintos. Dijo esa otra palabra y miró por la ventana como buscando algo, algo que él no tenía, algo que su hija tenía que salir a encontrar. Supongamos que él dijo: Saint Germain. El dijo Saint Germain y abrió el baúl enorme de un significante, la mujer durante años, en ese baúl guardó de todo. Vivir esa plaza fue entonces mucho más que cualquier realidad contenida en un aplaza. No era una plaza más luminosa ni más bonita, era simplemente una plaza investida de infancia. Si la mujer abandona la plaza la realidad derrotó al mito. Hay pues una traición. Esa es la genealogía de algunos deseos imperiosos. De algunas nostalgias.

La Nostalgia se acurruca desamparada sobre mi falda. ¿Cómo evitar esa competencia desleal entre el pasado investido de los sueños de la infancia y un presente investido de los sueños mediatizados de la madurez? La madurez ha reducido considerablemente las dimensiones posibles en el baúl de los significantes. Ya no cabe tanto ni tan indiscriminado. Esta es la reina de mis nostalgias. Ante esta certeza me entristezco, me encabrono, compro una perra y la nombro. Me siento mutilada. Para bien y para mal la palabra del Otro ha perdido sus poderes. También la mía.

Al presente no puede arraigarme más que el presente. Siento una saudade terrible de los proyectos mágicos, de los espacios míticos, de los rituales investidos de eternidad. Siento nostalgia de esos orígenes que podían prometerlo todo. Un significante no puede ser nunca más portador de absoluto.

Pero quizá exagero. Quizá todo este proceso lacrimógeno de adaptación se resuelva comprando otro perro. Pasearíamos juntos por Coyoacán mi perra Nostalgia, mi perro Absoluto y yo. Mejor no lo compro. Que el Absoluto me lo ofrezca mi hombre. Así, tal cual. En la puesta en escena del más rotundo y primario de los mitos le digo: ¡dámelo todo! Y él, apresurado porque tiene una reunión me extiende una correa que termina en el perro. Iluminada como por un rayo entiendo la

metáfora. Me averguenzo. Me sonrojo y de una buena vez entiendo que a veces, nunca más.

La Nostalgia, ya entrenada para entonces, pasea a mi lado mientras domestico al Absoluto. Los tres cohabitamos felices. La fuente de Coyoacán para ser bella ya no necesita encarnar la promesa de infancia de una fuente. Estoy curada. Me siento a beber mi capuchino de mujer nueva y en un segundo de gloria y revanchismo metafísico lanzo una orden implacable. ¡Nostalgia! ¡Absoluto! ¡A mis pies!.